



LEIBNIZ (III): Su concepción del mundo

GOTTFRIED LEIBNIZ pasó por este Mundo con la firme voluntad de entenderlo, y de explicarlo a sus congéneres, y especialmente a las Princesas alemanas, que eran muy receptivas a las enseñanzas del sabio bibliotecario de la corte de Hannover. Aunque fue autor de una inmensa obra escrita, no publicó en vida más que un libro, escrito en la lengua de moda entonces, el francés, de título Teodicea, o lo que es lo mismo, una Teología basada en principios de razón, que trata sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal.

Leibniz, al igual que Newton, tiene, en principio, la voluntad de no mezclar el razonamiento científico deductivo con consideraciones de tipo religioso. Para ello, su arsenal de recursos probatorios se ha fortalecido con el cálculo diferencial, que Newton, independientemente, también ha inventado, dándole el nombre de cálculo de flujiones. Y éste, el de la prioridad de su invención, fue uno más de los motivos de discordia entre estos dos grandes pensadores, en las postrimerías del siglo XVII. La presentación algebraica de Leibniz del cálculo infinitesimal será la que se imponga posteriormente y dote a los científicos del siglo XVIII de un potentísimo instrumento para la física matemática, que se convertirá en la ciencia por excelencia.

El mundo que concibe Leibniz se puede comprender porque está pleno de razones, porque en el seno mismo de toda realidad se hallan los principios que hacen inteligibles a los seres, que explican su existencia de un único modo posible, aquel que viene determinado por sus esencias. Pero hablar de esencias o de sustancias, en un momento en que la ciencia naciente se esforzaba por expulsar de su territorio cualquier noción vinculada al viejo aristotelismo, constituía una provocación a la que muchos respondieron con mayor o menor vehemencia. Y es que Leibniz, lejos de denostar a Aristóteles, considera que no debe ser barrido de un plumazo y en su totalidad, y que hay que rescatar las ideas e intuiciones brillantes del estagirita. En este sentido, introduce de nuevo las causas finales en el universo, y no sólo desde la perspectiva metafísica o explicación última del mismo, sino como una herramienta de gran valor en la investigación de los fenómenos de la Naturaleza.

Para Leibniz todo conspira. Todo está ordenado en el universo, todos los seres, interrelacionados entre sí, trabajan en un único y mismo fin, siempre sujeto a razones que podemos ir descubriendo, y así poder ir construyendo de ese modo el lenguaje o mathesis universalis que nos permita descifrar el Cosmos en su totalidad.

Acepta, impresionado, la explicación matemática del Cosmos newtoniano de los Principia, pero denuncia la inexistencia de una explicación física. No acepta el espacio absoluto, adelantándose en esto a Berkeley, Mach y Einstein. Para él, el espacio no es más que la relación que concebimos entre los seres coexistentes, el orden de sus cuerpos, sus configuraciones, las distancias entre ellos, etc. Tampoco acepta las fuerzas a distancia newtonianas y considera que la mejor explicación, aún no siendo completamente satisfactoria, es la de los vórtices, que comenzara Descartes y perfeccionara Huygens. Consigue demostrar todos los teoremas newtonianos por medio del cálculo diferencial pues es un excelente matemático, pero siguiendo una línea que viene de Aristóteles y de Kepler y que continuará posteriormente en Hegel e incluso en Einstein, antepone la física a la matemática y pone límites a los desarrollos únicamente cuantitativos.

El Mundo de Leibniz, un mundo vivo, que vibra todo él, pleno de energía, es la antesala del Universo romántico que algunas decenas de años más tarde crearán los pensadores alemanes. Y al igual que en el Universo todo colabora, este modelo es trasladado por el propio Leibniz a la sociedad de los humanos con su proyecto de creación de una República de las Letras, formada por Instituciones científicas y Academias Nacionales que aúnen esfuerzos, ideas e investigaciones para conseguir un grado de conocimiento que permita, previa la reunificación de todas las Iglesias, alcanzar la paz y la felicidad de un auténtico Reino de Dios, por el que se juramentarán a finales del siglo XVIII, a los sones de la Revolución, tres jóvenes seminaristas de Tübingen, el poeta Hölderlin, el filósofo de la Naturaleza Schelling, y el gran filósofo de la modernidad Georg Wilhelm Hegel.